

LA TERCERA PARTE DE LA CAÍDA DE LOS REINOS

EL BRAZO DE LAS  
TINIÉBLAS

MORGAN RHODES

# Mytica



Costa de Hierro

LIMEROS

Costa de Granito

Cima de Cuervo

Castillo Damora

Templo de Valoria

Puerto Negro

MAR DE PLATA

PAELSIA

Montañas Prohibidas

Puerto de los Comerciantes

Dominios de Basilius

Tierra Salvaje

Puerto del Rey

Templo de Cleiona

Ciudadela de Oro

AURANOS

Cima de Halcón

Paso Viejo

Costa Radiante



Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Xohana Bastida

Título original: *Gathering darkness*  
Traducción: Ana H. de Deza

Publicado originalmente por Razorbill,  
un sello del Penguin Young Readers Group,  
miembro del Penguin Group (USA) Inc.

© Penguin Group (USA) Inc., 2014  
© de esta edición en castellano:  
Ediciones SM, 2015  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

*Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

# PERSONAJES

## *Limeros, los conquistadores*

GAIUS DAMORA	el rey
MAGNUS LUKAS DAMORA	príncipe
LUCÍA EVA DAMORA	princesa
CRONUS	capitán de la guardia
MILO Y BURRUS	guardias de palacio
LORD GARETH	amigo del rey
LADY SOFÍA	amiga del rey

## *Auranos, los vencidos*

CLEIONA (CLEO) AURORA BELLOS	princesa
NICOLO (NIC) CASSIAN	mejor amigo de Cleo y guardia de palacio
NERISSA FLORENS	colaboradora de los rebeldes
PETROS	colaborador de los rebeldes
GALYN	simpatizante de los rebeldes, tabernero
BRUNO	padre de Galyn

## *Paelsia, los rebeldes*

JONAS AGALLON    líder rebelde  
FÉLIX GAEBRAS    rebelde  
LYSANDRA BARBAS    rebelde  
GREGOR BARBAS    hermano de Lysandra  
TARUS    joven rebelde

## *Kraeshia, los visitantes*

ASHUR CORTAS    príncipe  
AMARA CORTAS    princesa

## *El Santuario, los vigías*

ALEXIUS    vigía  
MELENIA    miembro del Consejo  
TIMOTHEUS    miembro del Consejo  
DANAUS    miembro del Consejo  
XANTHUS    ingeniero de la Calzada Imperial  
                  y vigía exiliado



# PRÓLOGO

**E**l joven se despertó rodeado de fuego y caos.

Al pie de las montañas entrechocaba el acero de las espadas: se había desatado una batalla encarnizada. Los chillidos de los moribundos desgarraban la brisa fresca de la madrugada. El muchacho percibió el acre hedor del miedo y el odio de los que todavía luchaban por sus vidas. Saboreó el cobre de la sangre que se vertía en la tierra.

Era el sabor de la sangre lo que le había despertado.

Apretó las manos contra la tierra seca; las llamas lamían su piel desnuda. Intentó incorporarse. No lo logró, y sus músculos se crisparon por el esfuerzo.

Según se fue aclarando su visión, pudo mirar a su alrededor. Estaba en el límite de un campamento sitiado. A su izquierda, a unos cincuenta pasos de distancia, había un bosque. Estaba seco, marchito y moribundo, pero le ofrecería mayor protección que quedarse al descubierto junto al campo de batalla.

Dos hombres –uno bajo, el otro alto, ambos con las libreas granates de la guardia limeriana– se acercaron con las espadas desenvainadas.

–¿Qué tenemos aquí? –dijo el bajo–. ¿Un esclavo que cree que puede escapar?

–No soy ningún esclavo –al muchacho se le quebró la voz. Notaba la garganta tan seca y áspera como la tierra que había bajo sus pies.

–¿Te dejaste olvidada la ropa por ahí, chico? –preguntó el guardia alto.

Él bajó la vista y contempló su piel desnuda.

–Más o menos.

–No importa –gruñó el soldado–. Los muertos no necesitan ropa. Acabemos con esto.

El guardia le lanzó un mandoble con la espada, y el joven consiguió apartarse justo a tiempo. Se incorporó de un salto, pero notaba las piernas tan débiles como las de un potro recién nacido. Con los músculos doloridos, trastabilló hacia el bosque.

–No tenemos tiempo para perseguir a un esclavo fugitivo –exclamó el guardia; el joven lo oyó perfectamente, pese al fragor de la batalla.

–¿Prefieres meterte en ese jaleo para que te degüelle un rebelde? –le espetó su compañero.

–El rey preferiría que...

–Me importa un comino lo que prefiera el rey. Vamos.

Aunque el bosque no era espeso, el joven encontró un arbusto seco tras el que esconderse. Aguantando los arañazos de las ramas, se mantuvo quieto y callado. Los guardias se acercaron, cortando el follaje escaso con las espadas.

Él contempló su mano y flexionó los dedos. ¿Cuánto tardaría en recuperar las fuerzas? Ya había tenido que esperar una eternidad para ser libre.

*He despertado antes de tiempo.*

—Tal vez deberíamos dejarle marchar —masculló el guardia bajo. La arrogancia de su voz había desaparecido; ahora estaba teñida de miedo—. ¿Y si fue él quien provocó el incendio? Podría ser peligroso.

—No seas cobarde. Un fugitivo puede causarnos muchos problemas... y provocar que haya más fugitivos. Quiero que su sangre empape mi espada cuanto antes.

Se acercaron y él se escabulló de su escondite. Mientras huía, tropezó con las raíces de un enorme roble y cayó de bruces. Los guardias le encontraron rápidamente y él retrocedió, arrastrándose, hasta toparse con el grueso tronco del árbol.

—Apuesto a que te sientes patético —se burló el soldado alto—. Escondido en el bosque, desnudo, suplicando por tu vida.

Sí: se sentía patético. No era una sensación que le gustara.

—No estoy suplicando.

—Ah, suplicarás muy pronto, te lo aseguro —la sonrisa del guardia reveló lo mucho que disfrutaba infligiendo dolor—. ¿Qué opinas? —le preguntó a su compañero—. ¿Deberíamos cortarle las manos antes de matarlo? ¿O mejor los pies, para que no vuelva a intentar huir?

—Tal vez deberíamos llevarlo al calabozo. Que se pudra junto a los demás rebeldes.

—Eso no tendría gracia —la punta de la espada rozó la barbilla del joven, obligándole a levantar la vista y enfrentarse a los crueles ojos del guardia—. ¿Quién eres, chico? ¿Un esclavo que se arrodilla ante el látigo mientras trabaja en la Calzada Imperial? ¿Un rebelde que cree que puede cambiar el destino del reino?

–Ninguna de las dos cosas –respondió, con los labios secos y la respiración agitada.

La espada se hincó en su piel y le obligó a levantar más la cabeza.

–Entonces, ¿quién eres? –insistió el guardia.

–Yo... –comenzó en voz muy baja–. Soy un dios.

–¿Un dios? ¿En serio? –el guardia ahogó una carcajada–. Tengo curiosidad... ¿Los dioses sangran?

–Espera –murmuró el más bajo con la voz temblorosa–. Sus ojos. ¡Mírale los ojos!

El soldado alto bajó la espada y retrocedió con paso vacilante.

–¿Qué...?

El joven abrió el puño y se miró la mano derecha. En la palma tenía un triángulo grabado: los bordes brillaban con la misma luz azul que despedían ahora sus ojos.

–Eres un demonio –musitó el soldado–. Eso es lo que eres.

–Ya os he dicho lo que era. Puede que no me prestarais atención –se puso de pie, y el símbolo de su mano resplandeció cuando la extendió hacia el guardia–. ¿Acaso debo mostrároslo?

De pronto, una llama apareció en la tierra seca delante de él. Chisporroteó, se alzó y lamió la bota del soldado; luego formó una delgada cuerda de fuego que serpenteó en torno a su tobillo, ascendió y se enroscó en la pantorrilla y el muslo. El hombre intentó apagarla con la mano, pero solo consiguió que ardiera con más fuerza. Las llamas se engancharon a su muñeca y la rodearon como un brazalete.

–¿Qué está pasando? –el guardia se giró a su compañero en busca de ayuda, pero el soldado bajo se apartó de él.

–¿Todavía no duele? –preguntó el joven con voz tranquila–. Si no lo hace, aguarda un instante. Lo hará.

Las llamas caracolearon en torno a las piernas, el torso y los brazos del hombre, y por último lamieron su rostro confuso y aterrado. El fuego pasó del color naranja al azul.

Entonces el guardia empezó a gritar.

El otro soldado, helado de pánico, contempló cómo su amigo ardía igual que una antorcha bajo la luz de la mañana. De pronto, las llamas crecieron violentamente, se alzaron treinta pies y envolvieron al guardia. Sus gritos se apagaron.

Como una escultura de mármol que cayera violentamente al suelo, el cuerpo reventó en mil pedazos.

El joven se giró hacia el guardia que quedaba.

—Huye.

Con los ojos desorbitados por el pánico, el hombre dio media vuelta y obedeció.

Agotada la poca energía que tenía, el joven se desplomó de rodillas. El símbolo de la mano casi había desaparecido; solo quedaba una marca, como una vieja cicatriz. Aún ardía la tierra donde había muerto el guardia, aunque ya no quedaba nada de él salvo un recuerdo que se desvanecía rápidamente.

Por fin cesó el dolor. El joven notó que su mente se aclaraba y curvó las comisuras de los labios en una sonrisa.

—Esto es solo el comienzo —musitó, mientras la oscuridad se alzaba y lo cubría como una gruesa manta.

Pronto todos arderían por lo que le habían hecho.



## CAPÍTULO 1



### JONAS

—Tengo un mal presentimiento.

La voz de Rufus era tan molesta como un moscardón. Jonas le lanzó una mirada de impaciencia a su compañero en el bando de los rebeldes.

—No me digas. ¿Respecto a qué?

—A todo. Tenemos que salir de aquí mientras podamos —Rufus estiró el cuello grueso y sudoroso y escudriñó los árboles oscuros que los rodeaban. La única luz procedía de una antorcha que habían clavado en la tierra—. Dijo que sus amigos vendrían en cualquier momento.

Se refería al guardia limeriano que habían capturado cuando se aventuraba demasiado cerca del bosque. Lo habían atado a un árbol, y ahora estaba inconsciente.

Pero un soldado inconsciente no le servía de nada a Jonas. Necesitaba respuestas, aunque estaba de acuerdo con Rufus en algo: no tenían mucho tiempo. El pueblo vecino estaba infestado de los esbirros uniformados de granate del rey.

—Claro que lo dijo —gruñó—. ¿No sabes lo que es un farol?

—Ah —Rufus enarcó las cejas como si no se le hubiera ocurrido—. ¿Tú crees que era eso?

Había pasado una semana desde que los rebeldes atacaron el campamento base de la calzada, al este de Paelsia, junto a las Montañas Prohibidas. Una semana desde que el último plan de Jonas para derrotar al rey Gaius fracasara estrepitosamente.

Cuarenta y siete rebeldes habían entrado en el campamento de madrugada mientras todo el mundo dormía, y habían tratado de capturar a dos rehenes para presionar al rey Gaius: el ingeniero de las obras de la calzada, Xanthus, y el heredero del trono de Limeros, el príncipe Magnus.

Habían fracasado. Un repentino incendio de extrañas llamas azules había arrasado con todo, y Jonas apenas había conseguido escapar con vida.

Rufus era el único rebelde que le esperaba en el punto de encuentro. Jonas lo encontró con marcas de lágrimas en su rostro sucio, temblando de miedo y diciendo cosas sin sentido sobre las brujas, la magia del fuego y la brujería.

De los cuarenta y siete que habían sido, solo quedaban dos. Había sido una derrota aplastante; si Jonas se paraba a pensarlo, se le nublabla la visión y apenas podía reaccionar, cegado por la culpa y el dolor.

Su plan. Sus órdenes.

Su culpa.

Una vez más.

Desesperado, intentando mitigar el dolor, Jonas había empezado de inmediato a recabar información sobre los posibles supervivientes: cualquiera que hubiera sido capturado vivo y enviado a otra parte.

Habían encontrado a un guardia de librea granate. Un enemigo.

Que iba a darles respuestas útiles; Jonas no estaba dispuesto a pasar por menos.

Finalmente, el soldado abrió los ojos. Era mayor que de lo que solían ser los guardias y cojeaba: por eso había sido fácil de atrapar.

–Tú... Te conozco –masculló, con los ojos brillantes a la escasa luz de la antorcha–. Eres Jonas Agallon, el asesino de la reina Althea.

Jonas se estremeció al oír sus palabras afiladas como cuchillos, pero se esforzó por aparentar que aquella calumnia no le causaba ningún daño.

–Yo no maté a la reina –gruñó.

–¿Por qué te voy a creer?

Haciendo caso omiso de los temores de Rufus, Jonas paseó en un círculo en torno al guardia atado. ¿Sería difícil hacerle hablar?

–Me da igual que me creas o no –se acercó a él–. Pero vas a responder a unas cuantas preguntas.

El soldado alzó el labio superior con un gruñido, mostrando sus dientes amarillos.

–No pienso decirte nada.

Por supuesto: como esperaba, no sería fácil. Nada lo era.

Jonas sacó la daga enjoyada del cinto. Su hoja ondulada refulgió bajo la luz de la luna y el guardia se fijó en ella de inmediato.

Era la misma arma que le había quitado la vida a su hermano mayor. Aquel arrogante y pomposo noble auranio la había dejado clavada en la garganta de Tomas. Para Jonas, esa daga era un símbolo: representaba la línea que había dividido su pasado –cuando era el hijo de un pobre vinatero y se deslomaba trabajando de sol a sol en la viña de su padre– y su futuro como

rebelde, dispuesto a dar la vida por un mundo en el que sus seres queridos se liberaran de la tiranía. Sus seres queridos, y miles más a los que ni siquiera conocía.

Un mundo en el que el rey Gaius no estrangulara a los débiles e impotentes.

Jonas apretó el filo contra la garganta del guardia.

—Te sugiero que contestes a mis preguntas si no quieres sangrar esta noche.

—Sangraré mucho más si el rey descubre que te he ayudado.

Tenía razón: sin lugar a dudas, el delito de colaboración con un rebelde le conduciría a la tortura o la ejecución. Seguramente, a ambas. Aunque el rey se entretuviera pronunciando discursos bonitos sobre la unión de los reinos de Mytica, no le llamaban el Rey Sangriento por ser justo y amable.

—Hace una semana hubo un ataque rebelde en el campamento base de la calzada, al este de aquí. ¿Qué sabes de eso?

El soldado le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Que los rebeldes murieron aullando de dolor.

A Jonas se le encogió el corazón. Apretó el puño, conteniendo a duras penas las ganas de hacer daño al guardia. Los recuerdos de la semana anterior lo estremecían, pero intentó centrarse en la tarea que tenía entre manos. Solo en ella.

Rufus se pasó los dedos por el cabello revuelto y paseó de un lado a otro, nervioso.

—Necesito saber si capturaron a algún rebelde vivo —continuó Jonas—. Y dónde los tiene el rey.

—No lo sé.

—No te creo. Empieza a hablar o te juro que te corto la garganta.

No había miedo en los ojos del guardia; solo un asomo de burla.

—He oído rumores terribles sobre el cabecilla de los rebeldes paelsianos. Pero los rumores no son hechos, ¿verdad? Puede que no seas nada más que un muchacho campesino, no lo bastante despiadado para matar a alguien a sangre fría. Aunque sea tu enemigo.

Jonas ya había matado. Demasiadas veces; tantas, que había perdido la cuenta. Primero, en la estúpida guerra contra Auranos en que los habían metido los limerianos con engaños; luego, en la batalla del campamento base de la calzada. Había peleado para destruir a sus enemigos y para hacer justicia. Por sus amigos, por su familia, por sus compatriotas de Paelsia. Y para protegerse a sí mismo.

Aquellas muertes tenían un sentido, aunque resultara confuso. Jonas luchaba por un propósito, creía en algo.

No le había producido ningún placer arrebatarse aquellas vidas, y confiaba en no cambiar.

—Déjalo, Jonas. Es inútil —suplicó Rufus, nervioso—. Vámonos de aquí mientras podamos.

Pero Jonas no se movió. No había llegado tan lejos para rendirse ahora.

—Había una chica en esa batalla: Lysandra Barbas. Necesito saber si sigue viva.

Los labios del guardia se torcieron en una mueca cruel.

—Ah, eso es lo que te pone tan ansioso por obtener respuestas. ¿Es tu chica?

Jonas tardó un instante en entenderle.

—Es como una hermana para mí.

—Jonas —gimió Rufus—. Lysandra está muerta. ¡Tu obsesión por ella hará que nos maten a nosotros también!

El líder rebelde le echó una mirada que hizo que el chico se encogiera. Suficiente para que cerrara la boca.

Lysandra no estaba muerta. Era imposible. La muchacha era una luchadora excepcional, más hábil con el arco que nadie que Jonas hubiera conocido en su vida. También era obstinada, molesta y exigente, algo evidente desde el día en que la conoció. Si seguía viva, haría cualquier cosa por encontrarla.

La necesitaba. Como compañera, como rebelde y como amiga.

–Tienes que saber algo –apretó la daga contra la garganta del guardia–. Y vas a decírmelo.

No pensaba rendirse. No hasta su último aliento.

–Esa chica... –masculló el guardia con los dientes apretados–. ¿Su vida vale la tuya?

–Sí –respondió Jonas sin pensárselo dos veces.

–Entonces, no tengo la menor duda de que está tan muerta como tú –el soldado sonrió, aunque la sangre goteaba de su cuello–. ¡Aquí! –gritó.

El único aviso de la llegada de la media docena de guardias fue un crujido de tierra suelta y el chasquido de una rama. Los soldados irrumpieron en el pequeño claro del bosque, con las espadas desnudas. Un par de ellos llevaban antorchas.

–¡Suelta el arma, rebelde!

Rufus intentó darle un puñetazo a un guardia que se acercaba, pero no acertó ni de lejos.

–¡Jonas, haz algo!

En lugar de soltar la daga, Jonas la envainó y sacó la espada que le había robado al príncipe Magnus la semana anterior, antes de escapar. La alzó justo a tiempo para parar una estocada que buscaba su pecho. Rufus intentaba defenderse a puñetazos y patadas, pero no aguantó mucho: un guardia le agarró del pelo, tiró de él hacia atrás y le puso una hoja en el cuello.

–He dicho que sueltes el arma –siseó el soldado–. O tu amigo muere.

El mundo entero se detuvo, y el recuerdo de la muerte de Tomas le invadió de nuevo. Había sucedido tan rápido... Sin tiempo de reaccionar, de luchar, ni siquiera de suplicar por su vida. Y a este recuerdo ahora se unía otro que le abrasaría por siempre: su mejor amigo, Brion, muerto bajo las manos del mismo asesino mientras Jonas miraba impotente.

Al verlo distraído, un soldado aprovechó para propinarle un puñetazo. La sangre brotó de la nariz de Jonas, mientras otro guardia le arrancaba la espada con tanta violencia que a punto estuvo de romperle los dedos. Un tercero le dio una patada en la parte trasera de las rodillas que lo lanzó al suelo.

Luchó por no perder la conciencia. Todo daba vueltas a su alrededor.

Supo que su vida terminaría en ese instante, que había vivido de prestado desde su último encuentro con la muerte. No habría magia que le salvara esta vez. La muerte no le daba miedo, pero aún no era el momento. Le quedaba mucho por hacer.

De pronto, otra silueta entró en el claro iluminado por las antorchas. Los guardias se giraron.

—¿Interrumpo algo? —dijo el joven.

Parecía un par de años mayor que Jonas; tenía el pelo y los ojos negros, y la piel muy bronceada. Llevaba una capa oscura, con la capucha bajada. Les dirigió una sonrisa alegre que mostró sus dientes, blancos y rectos. Parecía indiferente y confiado, como si fuera normal dar un paseo en medio de una batalla. Echó un vistazo a su alrededor, empezando por Rufus, que todavía estaba inmovilizado, y deteniéndose luego en Jonas, que se encontraba tirado en el musgo, con dos espadas apuntando a su cuello.

—Lárgate —rugió un guardia—. A no ser que quieras meterte en un lío.

–Eres Jonas Agallon –dijo el muchacho con un gesto de cabeza, como si se hubieran encontrado en una taberna y no en medio de un bosque, en la oscuridad de la noche–. Es todo un honor.

Jonas nunca había pretendido hacerse famoso, pero poco podía hacer contra los carteles de busca y captura con el dibujo de su rostro que empapelaban los tres reinos. Aunque sus victorias eran escasas, y pesaban sobre él más acusaciones falsas que auténticos delitos, su nombre había tardado poco en convertirse en una leyenda.

Y la gran recompensa por su captura había despertado el interés de mucha gente.

El primer guardia se había liberado de sus ataduras y se frotaba con cuidado las muñecas.

–¿Seguías a estas ratas rebeldes? –preguntó–. ¿Aspiras a convertirte en otra de ellas? Reservaremos una pica para tu cabeza. ¡Atrapadlo!

Los soldados se abalanzaron sobre él, pero el muchacho soltó una carcajada y los esquivó, escurridizo como un pez.

–¿Quieres que te eche una mano? –le preguntó a Jonas–. ¿Qué te parece si yo te ayudo a ti y tú me ayudas a mí? ¿Hay trato?

Sus movimientos eran tan precisos que no podía tratarse de un simple campesino. Jonas no tenía ni idea de quién era, pero en ese momento le daba igual.

–Me parece bien –consiguió responder.

–Pues vamos allá –el recién llegado se agachó, sacó de debajo de su capa dos puñales gruesos y tan largos como su antebrazo, y los hizo girar como molinillos.

Sobreponiéndose a su mareo, Jonas consiguió propinarle un codazo en la cara al guardia que tenía detrás. Sonó un cru-

jido y el hombre cayó con un grito de dolor; Jonas se incorporó, le arrebató la espada y la hundió en el blando vientre del soldado.

El recién llegado, mientras, había dejado fuera de combate al guardia que sujetaba a Rufus. Una vez libre, el rebelde se quedó helado por un instante, contemplando la violenta escena, y luego se dio media vuelta y huyó sin mirar atrás.

Jonas lo observó; aunque se sentía algo decepcionado, también se alegraba de que Rufus hubiera podido escapar de una guerra para la que nunca había estado preparado. Si actuaba con inteligencia y se mantenía al margen de líos, puede que incluso lograra conservar la vida.

Todos los guardias estaban muertos, heridos o inconscientes. Jonas agarró al que había atrapado en primer lugar y le empujó contra el árbol. La arrogancia había desaparecido de sus ojos: ahora solo albergaban miedo.

—No me mates —jadeó.

Jonas le ignoró y se giró hacia el chico que acababa de salvarle la vida.

—¿Cómo te llamas?

—Félix —respondió él con una sonrisa—. Félix Gaebras. Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo. Gracias por la ayuda.

—Para eso estamos.

Si Félix no hubiera intervenido, Jonas estaría muerto. No le cabía ninguna duda. Aquel desconocido le había dado la oportunidad de sobrevivir un día más, un día en el que tal vez pudiera cambiar las cosas. Y por ese motivo le estaba agradecido de veras.

Aun así, sería un idiota si se fiara de un desconocido que parecía saber tanto de él.

—¿Qué quieres a cambio? —le preguntó.

—¿A cambio de qué?

—Dijiste que, si me ayudabas, yo tendría que ayudarte.

—Lo primero es lo primero —Félix se acercó, apartó a Jonas y agarró al guardia del cuello—. Verás: os estaba espiando. Es una falta de educación, ya lo sé, pero oí por casualidad que pensabas que Jonas no era lo bastante despiadado como para matar a alguien a sangre fría. Bien, ¿qué piensas de mí?

El soldado soltó un jadeo entrecortado.

—¿Qué quieres?

—Que respondas. Dime: ¿sigue alguno de sus amigos con vida?

El guardia vaciló un momento, tembloroso.

—Sí —susurró al fin—. Hay un puñado de rebeldes en las mazmorras del palacio, esperando a que los ejecuten.

—¿Cuántos son un puñado?

—No lo sé... ¿Tres, cuatro? No estoy seguro. ¡No estaba allí!

Jonas hizo una mueca. ¿Solo tres o cuatro supervivientes?

—¿Sus nombres? —Félix apretó con más fuerza el cuello del soldado, que hizo un ruido gutural mientras su rostro se congestionaba.

—No lo sé —jadeó—. Te lo diría si lo supiera.

—¿Cuándo los van a ejecutar? —preguntó Jonas, esforzándose por controlar el temblor de su voz.

La idea de que sus compañeros estuvieran en las manos sangrientas del rey Gaius le helaba la sangre.

—¡No sé! Tal vez en un par de días, o puede que en unos meses. ¡Por favor, no me mates! Te he dicho todo lo que sé. ¡Ten piedad, te lo suplico!

Félix lo miró durante un largo instante, en silencio.

—¿La misma piedad que tú habrías tenido con nosotros? —masculló, y de una sola estocada lo silenció para siempre.

El cadáver cayó al suelo junto a los de sus compañeros. Jonas lo observó, iluminado por la luz parpadeante de las antorchas. Era incapaz de apartar la vista.

–Tenía que hacerlo. Lo sabes, ¿verdad? –le espetó Félix, con la voz tan fría y punzante como su acero.

–Sí.

Había una dureza en los ojos del muchacho que a Jonas le era totalmente ajena. No mostraban ni un atisbo de remordimiento, pero tampoco ninguna alegría.

Era cierto: el guardia no habría tenido piedad de ellos. Los habría matado sin vacilar.

–Muchas gracias por salvarme la vida –dijo Jonas mientras Félix limpiaba las hojas de sus puñales en el musgo.

–De nada –Félix escudriñó el bosque oscuro–. Creo que tu amigo ha huido.

–Estará más seguro lejos de mí –Jonas examinó los cuerpos que llenaban el claro y después se giró con cautela hacia su salvador–. Eres un mercenario, un asesino, ¿verdad?

Su habilidad en la lucha cuerpo a cuerpo y su pericia con la espada hacían evidente que se trataba de un combatiente bien entrenado.

La frialdad desapareció de los ojos de Félix.

–La verdad es que depende del día –sonrió–. Hago lo que puedo con los talentos que tengo.

Eso era una confirmación.

–Y ahora, ¿qué? –preguntó Jonas–. Tengo mucho menos oro encima del que ofrecen en los carteles por mi cabeza.

–Eres un pelín pesimista, ¿no crees? Verás: últimamente, la guardia del rey está de lo más pesada. Tantos soldados arres-tando a cualquiera que cause problemas... Lo único que busco es a alguien que me guarde la espalda mientras yo guardo la

suya. Así que, ¿por qué no asociarme con el famoso Jonas Agallon? –miró en la dirección en la que había desaparecido Rufus—. No veo que haya mucha competencia. Me necesitas, es tan sencillo como eso.

–¿Quieres unirme a los rebeldes?

–Lo que quiero es causar problemas y sembrar el caos –su sonrisa se ensanchó—. Si eso me convierte en un rebelde, que así sea. ¿Qué te parece si empezamos a colaborar rescatando a tus amigos?

Jonas contempló a Félix con cautela; su corazón estaba tan alborotado como durante la lucha.

–Ese guardia solo nos ha dicho lo que queríamos oír. No tenemos forma de averiguar si están realmente en las mazmorras del palacio.

–En esta vida no hay garantías, solo posibilidades más o menos creíbles. Para mí es suficiente.

–Aunque estuvieran allí, sería imposible sacarlos.

Félix se encogió de hombros.

–La verdad es que me gustan los retos imposibles. ¿A ti no?

A pesar de lo mucho que se esforzaba por ignorarla, Jonas notaba que la esperanza empezaba a anidar en su pecho. Pero la esperanza a menudo conducía al dolor...

O a la victoria.

Jonas examinó al muchacho alto y musculoso que había acabado con cinco guardias sin ayuda de nadie.

–Así que retos imposibles...

Félix soltó una carcajada.

–Son los más divertidos. ¿Qué me dices? ¿Quieres tener un socio en medio de todo este lío?

Félix tenía razón en una cosa: Jonas no contaba con una larga lista de combatientes entrenados y dispuestos a luchar

a su lado. El rebelde asintió con una sonrisa, aferrándose a la esperanza que se agitaba en su interior.

–Parece un buen plan.

Félix le estrechó la mano.

–Te prometo que no huiré con el rabo entre las piernas, como ha hecho tu amigo.

–Se agradece.

La cabeza de Jonas comenzaba a bullir de planes y de ideas. De pronto, el futuro parecía mucho más luminoso.

–Mañana empezamos. Liberaremos a tus amigos –sentenció Félix–. Y mandaremos a las tierras oscuras a todos los guardias del rey que nos encontremos.

*Un excelente comienzo para una gran amistad, pensó Jonas.*



## CAPÍTULO 2



### MAGNUS

Aunque Magnus no tenía ganas de fiesta, fue justo eso lo que se encontró un día después de regresar al palacio real aurano. Tras un viaje agotador desde Paelsia, se veía obligado a asistir al banquete de celebración de su victoria contra los rebeldes.

Los invitados bebían botella tras botella del dulce vino paeliano, como si fuera agua. No hacía tanto tiempo, Magnus habría censurado tales frivolidades, prohibidas en su hogar natal, Limeros.

Pero las cosas habían cambiado. Magnus había decidido permitirse todas las frivolidades que pudiera.

Llegó tarde. Varias horas tarde, de hecho. Personalmente, no podía importarle menos; sin embargo, como invitado de honor, se suponía que debía hacer una gran entrada, y parecía habérsela perdido. Se las ingenió para beber tres copas de vino antes de que le interrumpieran.

—Magnus —la voz del rey cortaba como un cuchillo.

Era la primera vez que el príncipe veía a su padre desde su regreso; le había evitado a conciencia.